

DE LO QUE VIVE EL HOMBRE

- I -

Un zapatero llamado ‘Simón’, que no tenía ni casa ni tierra de su propiedad, vivía con su esposa y sus hijos en una cabaña de campesino y se ganaba la vida con su trabajo. El trabajo era barato pero el pan caro y lo que él ganaba lo gastaba en comida. El hombre y su mujer no tenían sino un solo abrigo de piel de borrego para usarlo los dos durante el invierno e inclusive dicho abrigo estaba todo rasgado y raído y este era ya el segundo año en el que habían estado deseando comprar pieles de borrego para un nuevo abrigo. Antes de la llegada del invierno, Simón había ahorrado un poco de dinero: un billete de tres rublos yacía escondido en la caja de su mujer y clientes del pueblo le debían cinco rublos y veinte copeicas.

Así que una mañana se preparó para ir al pueblo a comprar las pieles de borrego. Se puso sobre la camisa el saco de tela de su esposa y sobre él se puso su propio abrigo de tela. Puso el billete de tres rublos en su bolsillo, cortó una vara a la manera de bastón y salió después del desayuno. ‘Voy a recoger los cinco rublos que me deben’, pensó, ‘y con los tres que ya tengo tendré bastante para comprar pieles de borrego para el abrigo de invierno’.

Llegó al pueblo y tocó en la cabaña de un campesino, pero el hombre no estaba en casa. La esposa del campesino le prometió que se le pagaría el dinero la siguiente semana, pero que ella por cuenta propia no se lo pagaría. Simón fue entonces a ver a otro campesino, pero este le juró que no tenía nada de dinero y ofrecía pagar únicamente veinte copeicas que debía por un par de zapatos que Simón había reparado. Simón intentó entonces comprar de fiado las pieles de borrego, pero el comerciante no le tuvo confianza.

‘Trae el dinero’, le dijo, ‘y entonces podrás llevarte las pieles. Todos sabemos lo que es estar cobrando deudas’.

De modo que todo el negocio que el zapatero logró hacer fue obtener veinte copeicas por las botas que había reparado y llevarse un par de botas de fieltro que un campesino le dio para que le pusiera suelas de cuero.

Simón se sintió desolado. Se gastó las veinte copeicas en vodka y se encaminó hacia su casa sin haber comprado las pieles. Por la mañana había sentido la escarcha; pero ahora, después de haber bebido vodka, sentía calor inclusive sin un abrigo de piel de borrego. Recorrió con dificultad el camino, golpeando con su bastón la tierra congelada, meciendo las botas de fieltro con la otra mano y hablándose a sí mismo.

‘Tengo calor’, se dijo, ‘aunque no tenga ningún abrigo de piel de borrego. Me tomé unas gotas y estas recorren todas mis venas. No necesito pieles de borrego. Sigo igual y no necesito preocuparme por nada. Esa es la clase de persona que yo soy! ¿Qué me importa? Puedo vivir sin pieles de borrego. No las necesito. De seguro que mi esposa se va a irritar. Y a decir verdad ... es una vergüenza!; uno trabaja todo el día y luego no le pagan. Pero basta! Si no me pagas el dinero te aseguro que yo te desuello, que me muera si no! ¿Cómo es eso? Él paga veinte copeicas cada vez! ¿Qué puedo hacer con veinte copeicas? Bebérmelas - eso es todo lo que se puede hacer. No tengo nada, dice! Puede ser, pero ¿qué pasa conmigo? Tu tienes una casa, ganado y todo; yo sólo tengo lo que llevo puesto! Tu tienes granos de tu propia cosecha, yo tengo que comprar cada grano. Haga lo que haga, tengo que gastar tres rublos por semana solamente en pan. Llego a mi casa y encuentro que ya se acabó el pan y tengo que soltar otro rublo y medio. Así que paga simplemente lo que debes y basta de tonterías!’.

Para entonces ya casi había llegado al santuario ubicado al borde de la carretera. Al levantar la vista, vio algo blancuzco detrás del santuario. La luz del día se desvanecía y el zapatero clavó la mirada sin poder determinar de qué se trataba. ‘No había ninguna piedra blanca aquí antes. ¿Será una res? No parece una res. Tiene una cabeza como la de un hombre, pero es demasiado blanca; ¿y qué podría estar haciendo un hombre allí?’

Se acercó de modo que la cosa resultaba ya claramente visible. Para su sorpresa, se trataba realmente de un hombre, vivo o muerto, sentado y desnudo, recargado sin moverse sobre el santuario. El terror se apoderó del zapatero y pensó, ‘Alguien lo mató, lo desvalijó y lo dejó allí. Si me entrometo en esto, de seguro que voy a tener problemas’.

El zapatero entonces se fue. Pasó frente al sepulcro de modo que no podía ver al hombre. Cuando ya había avanzado un poco, volvió la mirada y vio que el hombre ya no se recargaba en el sepulcro, sino que se movía como si estuviera dirigiendo su mirada hacia él. El zapatero sintió más miedo que antes y pensó ‘¿Me regreso hacia él o sigo mi camino? Si me acerco algo espantoso puede suceder. Quién sabe quien será este sujeto! No vino a estos lugares para nada bueno. Si me acerco se me puede echar encima y estrangularme y no habrá modo de que escape. Y si no, será de todos modos un peso para mí ¿Qué puedo hacer por él? No le puedo dar mis últimas ropas. El cielo me asista para escapar!’

El zapatero entonces se volvió apresuradamente, dejando el santuario detrás de él - cuando de pronto le remordió la conciencia y se detuvo en la carretera.

‘¿Qué estás haciendo, Simón?’, se dijo. ‘Ese hombre puede estar muriéndose por no tener nada y tu huyes asustado. ¿Eres tan rico acaso que tienes miedo de los ladrones? Ay!, Simón, qué vergüenza!’.

Y entonces se volteó y se encaminó hacia el hombre.

- II -

Simón se acercó al forastero, lo miró y vio que era un joven, en buen estado físico, sin daños en el cuerpo pero que evidentemente estaba congelándose y espantado y que se había sentado allí, recargándose en la pared, sin voltear hacia arriba para ver a Simón, como si estuviera demasiado débil para levantar los ojos. Simón se acercó a él y entonces el hombre pareció despertarse. Volteando su cabeza, abrió sus ojos y examinó la cara de Simón. Esa sola mirada bastó para que Simón sintiera afecto por el hombre. Aventó las botas de fieltro al piso, se quitó su cinturón, lo dejó sobre las botas y se quitó su abrigo de tela.

‘No es hora de hablar’, dijo. ‘Vamos, ponte de inmediato este abrigo!’. Y Simón tomó al hombre por los codos y lo ayudó a levantarse.

Mientras se sostenía, Simón vio que su cuerpo estaba limpio y en buenas condiciones, sus manos y pies bien proporcionados y su cara buena y amable. Puso su abrigo sobre los hombros del hombre, pero este no podía encontrar las mangas. Simón guió sus brazos hacia ellas y poniéndole bien el abrigo lo arropó con fuerza, apretando su cinturón en la talla del hombre. Simón inclusive se quitó su gorra agujereada para ponerla en la cabeza del hombre aquel, pero entonces sintió frío en su propia cabeza y pensó: ‘Yo soy calvo, en tanto que él tiene largos cabellos rizados’. Se volvió entonces a poner su gorra. ‘Será mejor darle algo para sus pies’, pensó; y entonces hizo que el hombre se sentara y lo ayudó a ponerse las botas. ‘Eso es, amigo, ahora muévete para que te calientes. Después arreglaremos otros asuntos. ¿Puedes caminar?’.

El hombre se levantó y miró gentilmente a Simón, pero no podía decir ni una palabra.

‘¿Por qué no hablas?’ dijo Simón. ‘Hace demasiado frío para quedarse aquí, tenemos que irnos a casa. Ten, toma mi bastón y si te sientes débil apóyate en él. Ahora, adelante!’

El hombre empezó a caminar y se movió con facilidad, sin retrasarse.

En tanto avanzaban, Simón le preguntó, ‘Y de dónde eres?’

‘No soy de esta región’

‘Así lo pensé. Conozco a la gente de por aquí. Pero ¿cómo fue que llegaste hasta el santuario?’

‘No puedo decirlo’

‘¿Te maltrataron?’

‘Nadie me maltrató. Dios me castigó’.

‘Desde luego que Dios manda en todo. Pero de todos modos tendrás que encontrar comida y un lugar donde guarecerte. ¿Adónde quieres ir?’

‘Me da lo mismo’

Simón estaba asombrado. El hombre no hablaba como los pillos, sino dulcemente y, sin embargo, no dio ninguna información acerca de sí mismo. Simón pensó ‘Quién sabe qué habrá pasado’. Y le dijo al extranjero: ‘Bueno, entonces ven a mi casa y por lo menos te calentarás un poco’.

Simón caminó así hacia su casa y el extraño se mantuvo junto a él, caminando a su lado. El viento arreció y Simón sintió frío debajo de su camisa. Para entonces ya había pasado su borrachera y estaba empezando a sentir la helada. Siguió caminando jadeando y apretando el abrigo de su mujer a su cuerpo y pensó para sí: ‘Eso es - háblame de pieles de cordero! Salí para buscar pieles de cordero y regreso a casa sin ni siquiera un abrigo en mi espalda y, lo que es peor, traigo un tipo desnudo. No le va a gustar nada a Matrena!’ Y cuando pensó en su mujer se sintió triste; pero cuando miraba al forastero y recordaba cómo éste lo había visto allá en el santuario, su corazón estaba contento.

- III -

Ese día la esposa de Simón tenía todo listo desde muy temprano. Había cortado leña, traído agua, dado de comer a los niños, había comido su propia comida y habíase luego puesto a pensar. Se preguntaba cuándo debería cocer más pan, si en ese momento o al día siguiente. Quedaba todavía un pedazo grande.

‘Si Simón comió algo en el pueblo’, pensó, ‘y no cena mucho quedará pan para otro día’.

Pesó una y otra vez el pedazo de pan y pensó: ‘Ya no haré más el día de hoy. Tenemos harina sólo para un pedazo más. Nos las arreglaremos para que dure hasta el viernes’.

De este modo, Matrena apartó el pan y se sentó a la mesa para remendar la camisa de su esposo. Mientras trabajaba, pensaba cómo estaría su esposo comprando las pieles para el abrigo de invierno.

‘Con tal de que el comerciante no lo engañe. El bonachón de mi esposo es demasiado simple; él no le haría trampa a nadie, pero a él cualquier niño lo engaña. Ocho rublos es mucho dinero -a ese precio debería conseguir un buen abrigo. No uno de piel curtida, sino un buen abrigo de invierno. Qué duro resultó el invierno pasado sin un abrigo caliente. No podía ni bajar al río ni ir a ningún lado. Cuando él salía se ponía todo lo que teníamos, pero ya no quedaba nada para mí. No se fue hoy muy temprano, pero ya es hora de que estuviera de regreso. Espero que no se haya ido de juerga!’

Apenas había Matrena pensado esto que se oyeron pasos en el umbral de la casa y alguien entró. Matrena dejó su aguja en lo que estaba haciendo y salió al pasillo. Allí vio a dos hombres: a Simón y con él a un hombre sin gorro y con unas botas de fieltro puestas.

Matrena se dio cuenta de inmediato de que su esposo olía a alcohol.

‘Eso es’, pensó, ‘estuvo bebiendo’. Y cuando vio que no llevaba puesto ningún abrigo, que sólo tenía su saco, que no traía consigo ningún paquete, que estaba parado allí en silencio y que parecía avergonzarse, el corazón se le oprimió. ‘Se bebió el dinero’, pensó, ‘y se fue de parranda con un bueno para nada que ahora trae a la casa’.

Matrena los dejó pasar, los siguió y vio que el forastero era un joven delgado y que llevaba puesto el abrigo de su esposo. No se veía ninguna camisa debajo del abrigo y no tenía gorro. Una vez que entró, se quedó de pie sin moverse y sin levantar la mirada, y Matrena pensó: ‘Debe ser un mal hombre - tiene miedo’.

Matrena frunció el cejo y se paró junto a la estufa esperando a ver qué harían.

Simón se quitó su gorro y se sentó en el banco como si todo estuviera perfectamente en orden.

‘Vamos, Matrena, si la cena ya esta lista, sírvenosla!’.

Matrena murmuró algo para sus adentros y no se movió, sino que se quedó donde estaba, junto a la estufa. Vio primero a uno y luego al otro y sólo movió la cabeza. Simón se percató de que su esposa estaba anonadada, pero trató de hacer caso omiso de ello. Haciendo como que no se daba cuenta de nada, tomó al forastero del brazo.

‘Siéntate, amigo’, le dijo, ‘vamos a cenar algo’.

El forastero se sentó en el banco.

‘¿No has cocinado nada para nosotros?’, preguntó Simón.

La furia de Matrena estalló. ‘He cocinado, pero no para ti. Me da la impresión de que te bebiste el seso. Te fuiste a comprar un abrigo de piel de borrego y regresas sin siquiera el abrigo que llevabas puesto y de paso traes a la casa a un vagabundo desnudo. No tengo cena para borrachos como tú’.

‘Ya basta, Matrena. Mantén la lengua tranquila! Harías mejor en preguntar qué clase de hombre...’

‘¿Me vas a decir qué hiciste con el dinero?’.

Simón hurgó en el bolsillo de su saco, sacó el billete de tres rublos y lo desdobló.

‘Aquí está el dinero. Trifonov no pagó, pero promete hacerlo pronto.’.

Matrena se enojó aún más; no había traído ninguna piel de borrego, pero en cambio sí le había dado su único abrigo a un sujeto desnudo e inclusive lo había traído a su casa.

De mala gana recogió el billete que estaba sobre la mesa, para ponerlo a salvo, y dijo: ‘No tengo cena para ustedes. No podemos estar alimentando a todos los borrachos desnudos del mundo’.

‘Ya estuvo bien, Matrena, controla la lengua. Primero oye lo que este hombre tiene que decir!’.

‘Mucha sabiduría no escucharé de los labios de un borracho. Tenía razón en no querer casarme contigo - un borracho. La mantelería y la ropa que mi madre me dio te la bebiste; y ahora acabas de ir a comprar un abrigo y también te lo bebes!’.

Simón trató de explicarle a su esposa que sólo se había gastado veinte kopeicas; intentó decirle cómo había encontrado al sujeto - pero Matrena no estaba dispuesta a dejarle decir una sola palabra. Hablaba como papagayo y traía a colación cosas que habían sucedido hacía doce años.

Matrena habló y habló y por último se abalanzo sobre Simón y lo agarró por la manga.

‘Dame mi saco. Es el único que tengo y ahora, claro, sientes que necesitas quitármelo y ponértelo tu. Dámelo, perro sarnoso y que te lleve el diablo’.

Simón se quitó el saco y empezó a voltear al derecho una de las mangas. Matrena le arrebató el saco y rasgó una costura. Rápidamente lo tomó, se lo aventó a la cabeza y se fue hacia la puerta. Su primera intención había sido la de salirse, pero se detuvo indecisa - quería dar rienda suelta a su coraje, pero también quería enterarse de qué clase de hombre era el forastero.

- IV -

Matrena se detuvo y dijo: ‘Si fuera un buen hombre no estaría desnudo. Digo, no tiene puesta ni la camisa. Si fuera correcto, podría decir de dónde viene’.

‘Eso es precisamente lo que estoy tratando de decirte’, dijo Simón.

‘Cuando llegaba al santuario lo vi allí completamente desnudo y congelándose. No es precisamente el lugar para sentarse desnudo! Dios me envió a él porque de lo contrario él habría perecido. ¿Que se suponía que tenía que hacer? Lo recogí, lo cubrí y lo traje conmigo. No te enojas, Matrena. No es un pecado. Recuerda, todos tenemos que morir algún día’.

Palabras airadas querían brotar de los labios de Matrena, pero ella miró al forastero y permaneció en silencio. Este se sentó al borde del banco, inmóvil, con las manos apoyadas en las rodillas, la cabeza pegada al pecho, los ojos cerrados y el entrecejo fruncido, como si algo le doliera. Matrena guardaba silencio y entonces Simón dijo: ‘Matrena ¿no sientes amor por Dios?’.

Matrena oyó esas palabras y, al ver al forastero, de pronto su corazón se suavizó por él. Avanzó desde la puerta y, yendo hacia la estufa, sacó la cena. Puso una taza en la mesa y vertió un poco de *kwas*. Luego trajo el último pedazo de pan y puso un cuchillo y cucharas.

‘Come, si quieres’, dijo él.

Simón llevo al forastero hasta la mesa.

‘Ocupa tu lugar, muchacho’, dijo.

Simón cortó el pan, lo echó en la sopa y empezaron a comer. Matrena se sentó en la esquina, la cabeza apoyada sobre las manos y se puso a ver al forastero.

Y Matrena se llenó de piedad por el forastero y empezó a sentir afecto por él. Y de inmediato la cara del forastero se iluminó; sus cejas ya no estaban arrugadas, levantó los ojos y se sonrió con Matrena.

Cuando terminaron de cenar, la mujer levantó la mesa y empezó a interrogar al forastero. ‘¿De dónde eres?, le preguntó.

‘No soy de estas regiones’

‘¿Pero cómo fue que llegaste a la carretera?’

‘No puedo decirlo’

‘¿Le robaste algo a alguien?’

‘Dios me castigó’

‘¿Y estabas allí desnudo?’

‘Sí, desnudo y congelándome. Simón me vio y se apiadó de mí. Se quitó su abrigo, me lo puso y me trajo aquí. Y tu me diste de comer, me diste de beber y te apiadaste de mí. Dios te lo pague!’

Matrena se levantó, tomó de la ventana la camisa vieja de Simón que había estado remendando y se la dio al forastero. Sacó también unos pantalones para él.

‘Eso es’, dijo. ‘Veo que no tienes camisa. Ponte esto y descansa en donde quieras, en el desván o cerca de la estufa’.

El forastero se quitó el abrigo, se puso la camisa y se dejó caer en el desván. Matrena apagó la vela, tomó el abrigo y se arrimó a su esposo, junto a la estufa.

Matrena recogió el saco y se recostó, pero no pudo dormir. No podía dejar de pensar en el forastero.

Cuando se acordaba de que él se había comido su último pedazo de pan y que no había nada para el día siguiente y de la camisa y los pantalones que había regalado, se sentía ofendida; pero cuando recordaba cómo le había sonreído, su corazón estaba contento.

Mucho rato estuvo Matrena despierta y se dio cuenta de que Simón también estaba despierto - él jaló sobre sí el abrigo.

‘Simón’

‘¿Si?’

‘Te di el último pedazo de pan y no puse a cocer más. No sé qué haremos mañana. Tal vez pueda pedirle un poco a Marta, la vecina’.

‘Si vivimos para entonces hallaremos algo para comer’.

La mujer siguió todavía despierta y entonces dijo: ‘Me parece un buen hombre, pero ¿por qué no nos dice quien es?’

‘Supongo que tendrá sus razones’,

‘Simón!’

‘¿Si?’

‘Nosotros damos, pero ¿por qué nadie nos da a nosotros nada?’

Simón no sabía qué pensar, por lo que sólo dijo: ‘Dejemos ya de hablar’. Se volteó y se quedó dormido.

- V -

Simón se despertó al amanecer. Los niños dormían todavía. Su esposa se había ido a la casa de la vecina a pedir un poco de pan. El forastero estaba sentado en el banco, vestido con la camisa y el pantalón viejos y viendo hacia arriba. Su rostro brillaba más de lo que lo había hecho el día anterior.

Simón le dijo, ‘Bueno, amigo, el estómago quiere pan y el cuerpo descubierto ropa. Se tiene que trabajar para vivir. ¿Qué trabajo sabes hacer?’

‘No conozco ninguno’.

Esto sorprendió a Simón, pero dijo ‘Quienes quieren aprender pueden aprender cualquier cosa’.

‘Los hombres trabajan y yo también trabajaré’.

‘¿Cómo te llamas?’

‘Miguel’.

‘Bien, Miguel, si no deseas hablar acerca de ti, ese es tu asunto; pero tendrás que ganarte tú mismo tu vida. Si trabajas como te digo, yo te daré comida y techo’.

‘Dios te lo pague! Yo aprenderé. Muéstrame qué hay que hacer’.

Simón tomó unos hilos, los enrolló en la mano y empezó a doblarlos.

‘Es bastante fácil - ve!’

Miguel lo vio, puso hilos en su propia mano del mismo modo, asimiló el truco y dobló debidamente los hilos.

Luego Simón le enseñó cómo encerar el material. Miguel también aprendió a hacer eso. Después Simón le mostró cómo coser y esto también Miguel lo aprendió a hacer de inmediato.

Él comprendía inmediatamente todo lo que Simón le enseñaba y tres días después él trabajaba como si hubiera reparado botas toda su vida. Trabajaba sin cesar y comía poco. Cuando el trabajo estaba terminado descansaba en silencio, viendo hacia arriba. Muy raras veces salía a la calle, hablaba sólo cuando era necesario y no bromeaba ni se reía. Nunca lo vieron sonreír, salvo aquella primera tarde cuando Matrena les había dado de cenar.

- VI -

Día a día y semana tras semana paso un año. Miguel vivía y trabajaba con Simón. Su fama se extendió al grado de que la gente llegó a decir que nadie cosía botas tan bien y con tanta firmeza como Miguel, el ayudante de Simón. De todos los distritos aledaños la gente iba con Simón para arreglar sus zapatos y empezó a irle bien.

Un día de invierno, mientras Simón y Miguel sentados trabajaban, una carroza ligera, con tres caballos y con campanas, subió hacia la cabaña. Se asomaron a la ventana. La carroza se detuvo enfrente de su puerta y un ágil sirviente saltó y abrió la puerta. Un caballero con un abrigo de piel salió y se encaminó hacia la cabaña de Simón. Matrena se levantó de un brinco y abrió la puerta de par en par. El caballero inclinó la cabeza para entrar en la cabaña y cuando se volvió la enderezar casi tocaba el techo con la cabeza y daba la impresión de llenar por completo el cuarto.

Simón se levantó y miró al caballero con asombro. Nunca había visto a nadie como él. Simón mismo era flaco, Miguel era delgado y Matrena tan seca como un hueso, pero este caballero era como alguien de otro mundo: chapeado, de cabellos rizados, con un cuello de toro y como si estuviera hecho de acero.

El caballero resopló, se quitó su abrigo, se sentó en el banco y dijo: ‘¿Quién de los dos es el maestro?’

‘Yo soy, Su Excelencia’, dijo Simón, avanzando.

Entonces el caballero le gritó a su muchacho, ‘Oye, Ledka, trae el cuero!’

El sirviente entró corriendo, con un paquete en las manos. El caballero tomó el paquete y lo puso sobre la mesa.

‘Desátalo’, le dijo. El muchacho lo desató.

El caballero señaló con el dedo el cuero.

‘Mira maestro’, le dijo, ‘¿ves este cuero?’

‘Sí su Excelencia’

‘Pero ¿sabes qué clase de cuero es?’

Simón palpó el cuero y dijo, ‘Es buen cuero’.

‘Que si es bueno! Pero ¿qué te pasa, tonto? Nunca has visto uno tan bueno en toda tu vida. Es alemán y cuesta veinte rublos’.

Simón estaba asustado y dijo ‘¿Por qué habría yo de haber visto cuero así antes?’

‘Eso es lo que yo digo! Bueno ¿lo puedes transformar en botas para mí?’

‘Si, su Excelencia, puedo’.

Entonces el caballero le gritó: ‘Tu puedes ¿verdad? Bien, recuerda para quién las vas a hacer y qué clase de cuero es. Me tienes que hacer unas botas que duren todo un año, sin que se descosen ni que pierdan su forma. Si puedes hacerlo toma el cuero y córtalo; pero si no puedes, dilo. Te advierto, si las botas se descosen o pierden su forma en menos de un año, te meto a la cárcel. Si no revientan, te pagaré diez rublos por tu trabajo’.

Simón estaba asustado y no sabía que decir. Le echó un vistazo a Miguel y con un ligero codazo en el hombro, murmuró: ‘¿Lo tomo?’

Miguel asintió con la cabeza como para decir ‘Sí, tómalas’.

Simón hizo lo que Miguel le aconsejaba y se comprometió a hacer unas botas que durante un año por lo menos no perdieran su forma ni se descosieran.

El caballero llamó a su sirviente y le ordenó que le quitara la bota de la pierna izquierda, la cual estiró.

‘Toma mis medidas’, dijo.

Simón tomó un pedazo de tela para medir que era de 17 pulgadas de largo, la restiró, se puso de rodillas, se secó las manos en su delantal para no ensuciar el calcetín del caballero y empezó a medir. Midió la planta, el empeine, y empezó a medir el tobillo, pero la tela que le servía para medir era demasiado chica. El tobillo era tan ancho como una viga.

‘Cuida que no quede demasiado apretado en la pierna’.

Simón tomó más tela para medir. El caballero retorció los dedos bajo el calcetín, mirando en derredor y como si ni se hubiera percatado de que Miguel estaba allí.

‘¿A quien tienes aquí?’, preguntó.

‘Es mi ayudante. Él coserá las botas’.

‘Cuidado!’, le dijo el caballero a Miguel, ‘recuerda que me las tienes que hacer durar un año’.

Simón también miró a Miguel y vio que Miguel no estaba viendo al caballero, sino que tenía la mirada fija en el rincón que estaba detrás del caballero, como si hubiera alguien allí. Miguel miraba y miraba y de pronto se sonrió y su rostro se iluminó.

‘¿Por qué haces esas muecas, tonto?’, exclamó el caballero con voz de trueno. ‘Mejor ocúpate de que las botas estén a tiempo’.

‘Estarán listas a tiempo’, dijo Miguel.

‘Que así sea’, dijo el caballero, quien entonces se puso de nuevo la bota y su abrigo, el cual se ciñó, y se dirigió a la puerta. Pero como se le olvidó agacharse, se golpeó la cabeza con el marco de la puerta.

Maldijo y se sobó la cabeza. Acto seguido se sentó en la carroza y se fue.

Cuando se había ido, Simón exclamó, ‘Ese es un hombre como para ti. No lo podrías matar ni con un mazo. Por poco rompe el dintel, pero casi ni se lastimó’.

Y Matrena dijo, ‘Viviendo como él vive ¿cómo podría no ser fuerte? Ni la muerte misma puede tocar una roca así’.

- VII -

Simón le dijo entonces a Miguel: ‘Bueno, aceptamos el trabajo, pero ahora ocupémonos de no tener ningún problema por culpa de él. El cuero es caro y el caballero de temperamento fogoso. No podemos cometer errores. Vamos, tus ojos son más fidedignos que los míos y tus manos más seguras, así que mide y corta el cuero para las botas. Yo voy a terminar de coser’.

Miguel hizo lo que se le dijo. Tomó el cuero, lo extendió sobre la mesa, lo dobló en dos, tomó un cuchillo y empezó a cortar.

Matrena se acercó y lo vio cortar y estaba sorprendida de cómo lo hacía. Matrena estaba acostumbrada a ver cómo se hacían botas y vio que Miguel no estaba cortando el cuero como para botas, sino que lo estaba cortando en redondo.

Ardía en deseos de decir algo, pero se dijo para sus adentros: ‘Quizá no comprendo cómo se deben hacer las botas de este caballero. Supongo que Miguel sabe más acerca de esto - no voy a meterme’.

Cuando Miguel hubo cortado el cuero tomó un hilo y empezó a coser no dos puntas, como se cosen las botas, sino una sola, como si quisiera hacer pantuflas.

De nuevo Matrena se quedó sorprendida, pero una vez más no interfirió.

Miguel cosió sin parar hasta el mediodía. Cuando Simón se levantó para cenar, miró a su alrededor y vio que Miguel había hecho unas pantuflas con el cuero del caballero.

‘Ay’, gimió Simón, y pensó, ‘¿Cómo es que Miguel, que ha estado conmigo todo un año y nunca antes había cometido un error, haya hecho ahora una cosa tan horrible? El caballero ordenó botas altas, cubiertas, sólidas y Miguel hizo unas pantuflas suaves y echó a perder el cuero. ¿Qué le voy a decir al caballero? Nunca podré reemplazar un cuero así’.

Y le dijo a Miguel: ‘¿Qué has hecho, amigo? Me has arruinado! Sabías que el caballero ordenó botas altas, pero mira lo que hiciste!’.

Apenas acababa de reprocharle a Miguel su acción, cuando sonó la campanita que colgaba en la puerta. Alguien estaba tocando. Se asomaron a la ventana. Había llegado un hombre a caballo, al que estaba atando. Abrieron la puerta y entró el sirviente que había llegado con el caballero.

‘Buen día’, dijo.

‘Buen día’, respondió Simón. “¿En qué te puedo ayudar?” ’

‘Mi ama me envía por las botas’.

‘¿Qué tienen las botas?’

‘Bueno, mi amo ya no las necesita. Está muerto’.

‘¿Cómo es posible?’

‘No vivió mucho tiempo después de que salimos de tu casa, pero murió en la carroza. Cuando llegamos a la casa los sirvientes vinieron a ayudarlo a salir y entonces rodó como un saco. Ya estaba muerto y tan tieso que a duras penas se le pudo sacar de la carroza. Mi ama me envió y me dijo: ‘Dile al zapatero que el caballero que le ordenó hacer botas y que dejó el cuero ya no necesita las botas, pero que debe rápidamente hacer unas pantuflas suaves para el cadáver. Espérate hasta que las tenga listas y me las traes’’. Es por eso que he venido’.

Miguel recogió los restos del cuero, los enrolló, tomó las pantuflas que había hecho, hizo un paquete con todo y se lo pasó al sirviente, quien lo tomó y dijo: ‘Bien, maestros, adiós y que tengan buen día!’.

- VIII -

Pasó otro año y luego otro y Miguel estaba ahora viviendo su sexto año con Simón. El siguió viviendo como antes. No iba a ninguna parte, sólo hablaba lo necesario y se había sonreído únicamente dos veces durante todos esos años - una vez cuando Matrena le dio comida y la segunda vez cuando el caballero había estado en su cabaña. Simón estaba más que satisfecho con su ayudante. Ahora ya nunca le preguntaba de donde venía y lo único que temía era que Miguel se fuera.

Un día estaban todos en casa. Matrena estaba poniendo unos platos de peltre en el horno; los niños corrían y veían hacia afuera por la ventana; Simón cosía junto a una ventana y Miguel estaba poniendo unos tacones junto a la otra.

Uno de los niños corrió hacia el banco de Miguel, se apoyó en sus hombros y vio hacia afuera.

‘Mira, tío Miguel! Allí hay una señora con unas niñas! Parecen venir hacia acá. Y una de las niñas es coja’.

No bien hubo el niño dicho eso que Miguel dejó de trabajar, se volvió hacia la ventana y miró hacia la calle.

Simón estaba sorprendido. Miguel no solía ver hacia la calle, pero en esta ocasión estaba pegado a la ventana, viendo algo con fijeza. Simón también vio hacia afuera y vio a una mujer bien vestida que efectivamente se dirigía a su casa, llevando de la mano a dos pequeñas niñas con abrigos de piel y medias de lana. Difícilmente se podía distinguir a una niña de otra, salvo que una era lisiada de la pierna izquierda y cojeaba.

La mujer pasó la puerta de afuera y entró en el pasillo. Buscando la entrada encontró la cerradura, a la que hizo girar y abrió a puerta.

Dejó entrar primero a las dos niñas y luego las siguió dentro de la cabaña.

‘Buenos días, buena gente!’

‘Pase, por favor’, dijo Simón. ‘¿En qué puedo ayudarles?’

La mujer se sentó junto a la mesa. Las dos niñas se acurrucaron junto a sus rodillas, temerosas de la gente de la cabaña.

‘Quiero unos zapatos de cuero hechos a la medida para estas dos niñas, para la primavera’.

‘Podemos hacer eso. Nunca hemos hecho zapatos tan chiquitos, pero podemos hacerlos; mocasines o botines. Mi muchacho, Miguel, es un maestro en este trabajo’.

Simón miró de reojo a Miguel y vio que había dejado de trabajar y que estaba sentado con los ojos fijos en las niñas. Simón estaba sorprendido. Era cierto que las niñas eran bonitas, de ojos negros, chapeaditas y que llevaban mascadas finas y abrigos de piel, pero aún así Simón no podía comprender por qué Miguel las estaba observando de ese modo - como si las conociera desde mucho antes. Estaba asombrado, pero siguió hablando con la mujer y arreglándose acerca del precio. Una vez acordado éste, preparó la medida. La mujer levantó a la niña coja sobre sus rodillas y dijo: ‘Toma dos medidas para esta niña. Haces un zapato para el pie defectuoso y otro para el bueno. Ambas miden lo mismo del pie. Son gemelas’.

Simón tomó las medidas y, hablando de la niña coja, dijo: ‘¿Qué fue lo que le pasó? Una niñita tan bonita. ¿Nació así?’

‘No, su madre le destrozó la pierna’.

Matrena se les acercó. Se preguntaba quién sería esa mujer y de quién serían esas niñas, por lo que preguntó: ‘Entonces ¿no es usted su madre?’

‘No, buena mujer. No soy ni su madre ni pariente de ellas. Me son completamente extrañas, pero las adopté’.

¿No son sus hijas y aún así las quiere tanto?

‘¿Cómo podría evitar quererlas? Las alimenté personalmente. Yo tuve un niño propio, pero Dios se lo llevó. No lo quería tanto como quiero ahora a estas dos niñas’.

‘Entonces ¿de quién son esas niñas?’

- IX -

La mujer, habiendo empezado a hablar, les contó toda la historia.

‘Hace alrededor de seis años murieron sus padres, ambos durante la misma semana; su padre fue enterrado un martes y su madre murió el viernes. Estas huérfanas nacieron tres días después de la muerte de su padre y su madre no vivió ni un día más. Mi esposo y

yo éramos entonces campesinos en el pueblo. Eramos sus vecinos; su patio colindaba con el nuestro. El padre de estas niñas era un hombre solitario, un leñador del bosque. Cortando árboles un día uno de ellos le cayó encima. Cayó justo sobre su cuerpo y le estallaron las entrañas. Apenas tuvieron tiempo de llevarlo a su casa antes de que su alma fuera a Dios; y esa misma semana su esposa dio luz a dos mellizas - estas pequeñas niñas. Ella era pobre y estaba sola; no tenía a nadie, joven o viejo, con ella. Sola las parió y sola encontró su muerte.

‘A la mañana siguiente fui a verla, pero cuando entré en la cabaña la pobre ya estaba rígida y fría. Al morir había rodado hacia esta niña y le había aplastado su pierna. La gente del pueblo vino a la cabaña, lavaron el cuerpo, lo dejaron fuera, le hicieron una caja y lo enterraron. Eran gentes buenas. Las niñas se quedaron solas. ¿Qué se iba a hacer con ellas? Yo era allá la única mujer que por aquel entonces tenía un hijo. Estaba cuidando mi primer recién nacido - de ocho semanas. Entonces las tomé por algún tiempo. Los campesinos venían todos y pensaban y pensaban qué hacer con ellas hasta que por fin me dijeron:

“Por ahora, María, harías bien en guardar a las niñas y después decidiremos qué hacer por ellas”. Así que al principio alimenté a la sana, pero no a la lisiada. No pensé que viviría. Pero entonces pensé para mí: ¿por qué tiene que sufrir la pobrecita inocente? Me inspiró piedad y comencé a alimentarla. Así que alimentaba a mi propio hijo y a estas dos - a los tres - con mi propio pecho. Yo era joven y fuerte y comía bien y Dios me dio tanta leche que a veces se desparramaba. A veces alimentaba a dos al mismo tiempo, mientras el tercero esperaba. Cuando una ya estaba satisfecha, alimentaba al tercero. Y Dios lo ordenó de tal modo que éstas crecieran, en tanto que mi propio hijo fue enterrado antes de que tuviera dos años. Y ya no tuve niños, aunque prosperamos. Ahora mi esposo trabaja para el comerciante de trigo en el molino. El salario es bueno y nos va bien. Pero ya no tengo hijos propios y qué sola estaría sin estas pequeñas! Cómo podría no amarlas! Ellas son la alegría de mi vida!’

La mujer apretó a la pequeña lisiada contra su cuerpo con una mano, mientras que con la otra se secaba las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

Matrena suspiró y dijo: ‘Es cierto el proverbio que dice “Se puede vivir sin padre o sin madre, pero no se puede vivir sin Dios” ’.

Siguieron hablando, cuando de pronto toda la cabaña quedó iluminada como por la luz del estío desde la esquina donde Miguel estaba sentado. Todos voltearon la mirada hacia él y lo vieron sentado, con sus manos puestas sobre las rodillas, viendo hacia arriba y sonriendo.

- X -

La mujer se fue con las niñas. Miguel se levantó del banco, dejó su trabajo y tomó su delantal. Luego, inclinándose ante Simón y su esposa, dijo: ‘Adiós, amos. Dios me ha perdonando. Les ruego a ustedes también que me perdonen por cualquier cosa que haya hecho mal’.

Y entonces vieron que una luz emanaba de Miguel. Y Simón se levantó, se inclinó ante Miguel y dijo: ‘Veo, Miguel, que tu no eres un hombre común y no puedo ni retenerte ni interrogarte. Sólo dime esto: ¿cómo es que cuando te encontré y te traje a la casa eras tan sombrío y cuando mi esposa te dio comida te sonreíste con ella y te viste iluminado? Luego cuando el caballero aquel vino a ordenar las botas, de nuevo sonreíste y te viste más iluminado aún. Y ahora que esta mujer trajo a las niñas, sonreíste por tercera vez y te volviste tan luminoso como el día? Dime, Miguel ¿por qué brilla tanto tu rostro y por qué sonreíste esas tres veces?’

Y Miguel respondió: ‘La luz emana de mí porque fui castigado, pero ahora Dios me ha perdonando. Y sonreí tres veces, porque Dios me envió a aprender tres verdades y las he aprendido. Una la aprendí cuando tu esposa sintió piedad de mí y es por eso que sonreí la primera vez. La segunda la aprendí cuando el rico ordenó las botas y entonces sonreí de nuevo. Y ahora, cuando vi a las niñas, aprendí la tercera y última verdad y sonreí por tercera vez’.

Y Simón dijo, ‘Dime, Miguel, por qué te castigó Dios y cuáles son esas verdades, para que yo también pueda conocerlas.’

Y Miguel respondió: ‘Dios me castigó por haberle desobedecido. Yo era un ángel del cielo y desobedecí a Dios. Dios me envió a capturar el alma de una mujer. Volé a la Tierra y vi a una mujer enferma que yacía sola y que acababa de dar a luz a dos niñas gemelas. Éstas se movían débilmente al lado de su madre, pero ella no podía ni siquiera acercárselas al pecho. Cuando ella me vio comprendió que Dios me había enviado por su alma y entonces lloró y dijo: “Ángel de Dios! A mi esposo lo acaban de enterrar, muerto por un árbol que le cayó encima. No tengo ni hermanas ni tías ni madre: no tengo a nadie que cuide de mis huerfanitas. No te lleves mi alma! Déjame alimentar a mis nenas y ponerlas sobre sus pies antes de que yo muera. Los niños no pueden vivir sin padre o sin madre”. Y yo la escuché. Puse a una niña en su pecho y a la otra en sus brazos y regresé al Señor en el cielo. Volví hacia el Señor y dije: ‘No pude traer el alma de la madre. A su esposo lo mató un árbol; la mujer tuvo mellizas y rogaba por que no tomara su alma”. Decía: “Déjame alimentar a mis nenitas y ponerlas sobre sus pies. Los niños no pueden vivir sin padre o sin madre”. No traje su alma’. Y Dios dijo: ‘Ve y trae el alma de la madre y aprende tres verdades: Aprende *Qué mora en el hombre, Qué no le fue dado al hombre y*

De lo que vive el hombre. Cuando hayas aprendido estas cosas regresarás al cielo”. Así que una vez más volví a la Tierra y tomé el alma de la madre. Las niñas se cayeron de su pecho. Su cuerpo rodó sobre la cama y aplastó a una nenita, doblando su pierna. Me elevé sobre el pueblo, con el deseo de llevar su alma hasta Dios, pero un viento me sacudió y mis alas se separaron de mí y yo caí. Su alma se levantó sola hacia Dios mientras yo caía a la Tierra, por la carretera.

- XI -

Y Simón y Matrena comprendieron quién era quien había vivido con ellos y a quién habían vestido y alimentado. Y lloraron con temor y con alegría. Y el ángel dijo: ‘Estaba solo en el campo, desnudo. Nunca había sentido las necesidades humanas, el frío y el hambre, hasta que me hice hombre. Estaba hambriento, congelándome y no sabía qué hacer. Vi, cerca del campo en el que estaba, un santuario para Dios y fui hacia él con la esperanza de encontrar un refugio. Pero el santuario estaba cerrado y no pude entrar. Entonces me senté detrás del santuario para por lo menos protegerme del viento. Llegó la tarde y yo tenía hambre y mucho frío y todo me dolía. De pronto oí que un hombre venía por la carretera. Llevaba un par de botas y hablaba consigo mismo. Por la primera vez desde que me había hecho humano vi el rostro mortal de un hombre y su cara me pareció terrible y traté de no verla. Y oí cómo el hombre hablaba consigo mismo de cómo proteger su cuerpo del frío en el invierno y cómo alimentar a su esposa y a sus hijos. Y pensé: “Me estoy muriendo de frío y hambre y he aquí un hombre que sólo piensa en cómo taparse a sí mismo y a su esposa y en cómo obtener pan para ellos. Él no me puede ayudar”. Cuando el hombre me vio frunció el cejo y se hizo todavía más terrible y me dejó atrás, por el otro lado de la carretera.

Sentí desesperación. Pero de pronto lo oí regresar. Levanté la mirada y ya no reconocí al mismo hombre: antes había visto la muerte en su cara, pero ahora estaba vivo y reconocí en él la presencia de Dios. Él vino hasta mí, me cubrió, me llevó con él y me trajo a su casa. Entré en la casa; una mujer vino hacia nosotros y comenzó a hablar. La mujer era todavía más terrible de lo que había sido el hombre. El espíritu de la muerte brotaba de su boca. No podía respirar debido al hedor de muerte que la rodeaba. Ella quería que me echaran al frío y yo sabía que si lo hacían moriría. De pronto, su esposo le habló de Dios y la mujer de inmediato cambió. Y cuando me trajo comida y me miró yo la observé y vi que la muerte ya no moraba en ella. Se había transformado en algo vivo y en ella también vi a Dios.

‘Recordé entonces la primera lección que Dios me había fijado: *Aprende lo que mora en el hombre.* Y comprendí que en el hombre mora el Amor! Y me sentí contento de que Dios ya hubiera empezado a mostrarme lo que Él me había prometido y entonces sonreí

por primera vez. Pero todavía no sabía todo lo que tenía que saber. Todavía no sabía *Qué no le fue dado al hombre* ni tampoco *De lo que vive el hombre*.

‘Viví con ustedes y paso un año. Un hombre vino a ordenar unas botas que habría de llevar durante un año sin que perdieran su forma o se descosieran. Lo miré y de pronto, detrás de su hombro, vi a mi camarada - el ángel de la muerte. Sólo yo vi a ese ángel; pero lo conozco y sabía que antes de que el sol se pusiera se habría llevado el alma del hombre rico. Y pensé para mis adentros: “Este hombre está haciendo preparaciones para un año y no sabe que morirá antes del anochecer”. Y entonces recordé la segunda verdad de Dios: *Aprende qué no le fue dado al hombre*”.

‘Yo ya sabía lo que mora en el hombre. Y ahora había aprendido *lo que no le fue dado*. No le fue dado al hombre conocer sus propias necesidades. Y sonreí por segunda vez. Y estaba contento por haber visto a mi compañero-ángel, contento también de que Dios me hubiera revelado su segunda verdad.

‘Pero todavía no conocía todo. No sabía *De qué vive el hombre*. Y seguí habitando aquí, esperando a que Dios me revelara la tercera lección. Al sexto año vinieron las niñas gemelas y la mujer; y reconocía las niñas y escuché cómo habían sido salvadas. Habiendo escuchado el relato, pensé: “Su madre me imploró en nombre de sus hijas y yo le creí cuando dijo que los niños no pueden vivir sin padre o sin madre; pero una extraña las alimentó y las crió”. Y cuando la mujer mostró su amor por las niñas que no eran suyas y lloró por ellas, vi en ella al Dios viviente y comprendí *De qué vive el hombre*. Y supe también que Dios me había revelado la última lección y había perdonado mi pecado. Y entonces sonreí por la tercera vez.

- XII -

Y el cuerpo del ángel estaba descubierto y lo vestía una luz de modo tal que ningún ojo habría podido verlo; y su voz se hizo más grave, como si viniera no de él si no de arriba, del cielo. Y el ángel dijo:

‘He aprendido que los hombres viven no porque ellos se cuiden, sino por amor.

‘No le fue dado a la madre conocer lo que sus niñas necesitaban para la vida. Ni le fue dado al rico conocer lo que él mismo necesitaba. Ni le ha sido dado a ningún hombre saber, cuando cae la noche, si todavía necesitará el día siguiente botas para su cuerpo o pantuflas para su cadáver.

‘Yo me mantuve vivo mientras fui hombre no porque me cuidara a mí mismo, sino porque el amor estuvo presente en un caminante y porque él y su esposa se apiadaron de mí

y me amaron. Las huérfanas se mantuvieron vivas no porque su madre las cuidara, sino porque había amor en el corazón de una mujer, una extraña que se apiadó de ellas y las amó. Y todos los hombres viven no porque piensen que gastan en su bienestar, sino porque el amor existe en el hombre.

‘Yo sabía desde antes que Dios le dio la vida a los hombres y que desea que ellos vivan; y ahora comprendí más que eso.

‘Comprendí que Dios no quiere que los hombres vivan separados y que es por eso que no les revela lo que cada uno necesita, sino quiere que vivan unidos, y por ello le revela a cada uno de ellos lo que necesitan todos.

‘He comprendido ahora que aunque les parezca a los hombres que viven porque se cuidan a sí mismos, en verdad es sólo el amor por lo que ellos viven. Quien tiene amor está en Dios y Dios está en él, porque Dios es amor.

Y el ángel elevó su alabanza a Dios, tal que la cabaña se sacudió con su voz. El techo se abrió y una columna de fuego se elevó de la tierra al cielo. Simón, su esposa y sus hijos cayeron al suelo. Aparecieron alas en la espalda del ángel y este se elevó hacia el cielo.

Y cuando Simón volvió en sí, la cabaña estaba como antes y no había nadie en ella, salvo su propia familia.